Han cambiado el contenido de la palabra rápido, de la palabra grande, luego, de la palabra viejo y nuevo también. Ha cambiado la relación de los humanos con el tiempo, con los objetos, con sus ritos, con sus plazas, con los niños, con los perros, la relación de los niños con sus cosas, con sus maldades, con sus castigos y premios, apoderándose de las calles con pelotas antes, ahora con pelotas y firmas en los muros.

Las casas graficadas en algunos cuadros son escenarios de familias oligárquicas de entre los años 1910 y 1940, que fueron emigrando de a poco, alejándose hacia la altura, dejando sus palacios aquí, más cercanos a la muerte pero resistiéndose a ella, cobijando como madre que perdona, a todos los que viven del ajetreo constante del centro, de esa fábrica humeante y constante de sudor, de trabajo, de alcohol, de suceso importante, y hoy nos mantiene a todos revueltos en los barrios con historia: artistas, poetas, inmigrantes, algunas señoras herederas de esas antiguas familias que construyeron estas casas y que no han querido abandonar el centro, y por último los borrachos de siempre que nacen y mueren aquí.

Siguen en pie estas casas de amplios espacios que extrañan el fuego de antaño. Con oscuros pasillos e iluminadas galerías. Con murallas que por fuera se muestran como si recién se levantaran de una larga siesta sobre arrugadas sábanas que les han marcado la piel: somnolientas, reales, con presencia marcada de olvido y tiempo, grieta y tierra.

Todo edificio hecho con tanta más lentitud, tanto más detalle, construidos con más manos y respiros y anécdotas adentro: una ventana, otra, una puerta, una columna, un friso, otra columna, otra puerta, y entre medio un montón de curvas , cóncavas, convexas, que se hunden y sobresalen, ángulos , espirales, engorrosas composiciones que no nos dejan pasar de largo tan rápido y nos marcan la misma pausa de cuando fueron hechas, sin transparencias ni 100 ventanas iguales.